

Capítulo 0

Un fuerte golpeteo en la puerta retumbó por toda la casa y me sacó de mis pensamientos. Desde la ventana podía verse un camión de color verde musgo con la letra A encerrada en un círculo incompleto, con tres espacios vacíos. Era la octava vez que lo veía; cada mes en el mismo día y por el mismo propósito. Un sabor amargo recorrió mi garganta; fruncí los labios intentando contener la sensación al mismo tiempo que respiraba tan hondo como la capacidad de mis pulmones me lo permitía. En cuanto me recompuse, abandoné la silla en la que descansaba y corrí escaleras abajo, con el ruido de los incesantes golpes de fondo.

Llegué a la planta baja justo antes de que mi esposa abriera la puerta. Miró confundida mi rostro agitado mientras se limpiaba las manos en el delantal. Con un movimiento de cabeza le indiqué que fuera a la cocina y ella asintió. Antes de desaparecer detrás de la puerta, pasó sus largos y delgados dedos por mi hombro, dándome apoyo.

Admiré sus manos; callosas de tanto trabajar, pero aun así femeninas y delicadas. Miré su rostro, torcido en una sonrisa, y cerré los ojos para absorber fuerzas de ese momento. Cuando los abrí, estaba solo en la habitación; la puerta retumbaba por los golpes y mi corazón seguía su ritmo en mi pecho. A pesar de mi miedo, mantuve mi rostro impassible. Durante mis años en el ejército había aprendido más que nada a esconder mis sentimientos.

Con paso firme, caminé hasta la entrada, apreté la manija de la puerta entre mis dedos y la abrí con un rápido movimiento. Frente a mí se erguía un hombre canoso, alto y delgado en uniforme militar. Me miraba con ojos furiosos y expresión fría, parecía como si fuera a desintegrarme por completo. De pronto me sentí más pequeño y menos valiente. Una sensación helada me recorrió la espalda hasta los talones. Intenté mantener mi rostro serio y firme, intenté no mostrar ninguna emoción ni debilidad. Sabía por qué estaban aquí y, al igual que lo había hecho antes, rechazaría su oferta sin pensarlo dos veces. Había una razón por la que había dejado el ejército y otras cien por las que no volvería.

Volví a inflar mi pecho y, de alguna forma, eso ayudaba. Me concentré en el hombre frente a mí... Y en ese momento lo noté: la cinta roja en su brazo, la insignia en su camisa que representaba a los tres comandantes —tres estrellas doradas— bajo el mismo símbolo que el camión estacionado

frente a mi casa. Él no era otro soldado cualquiera. No estaba aquí para entregar otra carta de reclutamiento. Ese hombre parado en el umbral de mi puerta era un comandante. Pero no un comandante más, no. Era el comandante Weist, aquel que tenía a su cargo toda la Prisión Brooke. Aquel que había sido premiado incontables veces por sacar información a soldados enemigos con sus métodos extremos de tortura. Aquel que formaba parte de la organización militar que nos gobernaba, uno de los tres peces gordos que controlaban a su gusto todas nuestras vidas. Y aquí estaba yo, habiéndolo rechazado, desafiado, no una ni dos sino ocho veces.

Mi corazón dio un brinco, mis ojos se abrieron como platos y mis labios formaron una línea fina. El comandante Weist esbozó una sonrisa de satisfacción al ver mi expresión. Luego, con aire triunfante, dijo:

—Parece que no harán falta presentaciones, ¿eh? —se bufó.

Quise decir algo, pero no pude. Las palabras se quedaron atoradas en mi garganta. El corazón me retumbaba en los oídos y lo único que quería era cerrar la puerta de un golpe y correr hacia mi esposa y mi hija para huir de la maldita casa. Pero no lo hice. Sentí como si mis pies estuviesen pegados al piso, incapaces de dar un paso en cualquier dirección.

El comandante Weist se quitó lentamente sus

guantes de cuero negro al mismo tiempo que forzó su entrada en la casa empujándome hacia un costado con su cuerpo. No ofrecí resistencia ante su imponente figura, y me le quedé mirando.

Hasta ese momento, creía que era imposible para una persona no pensar en nada, mantener la mente en blanco, pero descubrí que de hecho era posible. Miraba todo sin mirar nada realmente, mis oídos parecían tapados y un gran vacío se extendía a mi alrededor; mis sentidos dejaron de funcionar y creí que iba a desmayarme. De repente una voz me sacó de mi estado y me devolvió a la realidad.

—Qué casa tan... acogedora —dijo el comandante Weist con una mueca de asco en su rostro.

Estaba rodeado por paredes grises con la pintura descascarándose y humedad en las esquinas, pisos de madera que crujían al caminar y, sobre el único mueble de la habitación, una vieja y desgastada cómoda, un jarrón de barro, hecho a mano por mi esposa, con flores naranjas, amarillas y rojas, que probablemente no contenía agua.

Era humilde como todas las casas del vecindario, de este o de cualquier otro barrio, en todas las ciudades. Solo un 4% de la población del país podía tener agua potable, paredes de ladrillos firmes y bien pintados, cerámicos en los pisos y muebles que no estuvieran remendados ni a los que les faltara alguna parte.

Asentí porque no me encontré capaz de pensar

una respuesta que no fuese un insulto, y también porque estaba preocupado por lo que pasaría cuando Weist se dejara de rodeos. Como si hubiese oído mis pensamientos, el comandante se giró hacia mí y aclaró su garganta.

—Entonces, pasemos a lo importante —exclamó, y otro soldado entró por la puerta, seguido de otro más—. Tenemos una orden de arresto y me gustaría que hiciéramos esto lo más rápido posible.

—¿Orden de arresto? —fue lo único que se me ocurrió decir, y sonó bastante estúpido.

¡Claro que una orden de arresto! ¿Acaso creí que podría rechazar todas las cartas que llegaran y salirme con la mía? Mierda, pensé.

—Oh, sí, sí. Emm, soldado, por favor —dijo Weist apresuradamente, como si todo esto le pareciera una molestia.

—Sí, señor —respondió el soldado número uno, con voz fuerte y firme; luego miró al soldado número dos, que me extendió un papel—. Mediante el presente documento, los supremos comandantes, miembros de ANE, autorizan al supremo comandante Weist a cumplir con la orden de arresto dirigida a las siguientes personas... —continuó diciendo el soldado número uno con una voz tan fuerte que literalmente podía escucharse desde cualquier rincón de la casa. Con cada palabra mi corazón se encogía en anticipación. Mis manos estaban apretadas en puños, tan fuerte que mis nudillos se habían puesto blancos. Mi cerebro trabajaba como una

máquina intentando comprender la situación. La información que había recibido en los últimos cinco minutos daba vueltas en mi cabeza como un tornado y, hasta entonces, solo había podido comprender dos cosas. La primera, que uno de los comandantes supremos estaba en la sala de mi humilde y maltratada casa y que eso significaba que había cabreado un montón a los de arriba. La segunda era que como el comandante Weist era el encargado de mantener la Prisión Brooke en marcha, la única razón por la que podía estar en ese momento parado en el medio de la sala, admirando sus uñas desinteresado de todo lo demás, era para llevarme a la prisión por negarme a los llamados de reclutamiento.

El soldado terminó de leer la carta.

Había dicho personas.

Los últimos dos nombres flotaron en mi cabeza como cuchillos dándome dolorosos pinchazos a cada segundo, haciendo que mis pulmones se olvidasen de cómo respirar y mi corazón de cómo bombear sangre. El tiempo pasaba en cámara lenta, mi mente grababa cada detalle. Mis ojos se abrieron tanto como mis párpados me lo permitían, quizás aún más. La culpa fue instalándose en el medio de mi pecho, estrujando mi garganta, dejándome mudo. La furia, no solo por todo lo que pasaba sino también contra mí mismo, recorría mis venas y tensaba mis músculos. Volteé la vista hacia la puerta que daba a la cocina, hacia mi esposa, parada en el umbral, apretando con sus

delicadas manos los hombros de mi hija de nueve años; lágrimas caían por sus mejillas, desde sus ojos azules aguados y enrojecidos. Observé la cara de mi hija, confundida, preocupada, sin entender lo que pasaba realmente y temiendo por nuestro futuro, el futuro de una familia rota, despedazada. Me sentí inútil, sin poder hacer nada, mientras el soldado pronunciaba las últimas palabras de la carta:

—La señora Jannette Recce y la señorita Sara Hebbe —concluyó el soldado.